

# FENOMENOLOGÍA

## ME LLAMAN LEUGIM

Adelaida Pérez Sancho

- ¡Despierta, despierta que nos van a coger!- dije para mis adentros como si los tuviese. Y se despertó. Muchas noches soñaba escenas demasiado semejantes entre sí, en las que corríamos huyendo de algo espeso y gris, de bordes desdibujados que bien podían hacernos creer que su grandeza era ilimitada, y cuyos ronquidos no eran, sin duda, de este mundo –y créanme que yo conozco mucho más de este mundo de lo que pueda conocer cualquier ser humano racional y razonador-. Muchas noches eran tranquilas, pero había otras que se repetían en ciclo, a cada mes o a cada impresión demasiado fuerte durante el día, en las que solía abocarme sin remedio hacia aquellas sombras nocturnas en las cuales íbamos, sin duda, a ser perseguidos, atrapados, devorados y vomitados para luego obligarnos a llorar, y a pedir perdón y a decir ‘lo siento’... Aquélla no fue diferente, y cansado ya de bañar mis fibras en sudor, decidí despertarle. Con sólo una frase conseguí que se olvidara completamente de aquella masa ingente de imaginación y me mirase con sus dos ojuelos tristes. Antes de poder parpadear y de atizarse friegas de incredulidad en los ojos, se despertó al tiempo que el cansancio volvía a dormirlo mientras yo contaba con el olvido aparente de sus sueños.

Aun el alba no pintaba con luz el silencio de las calles y mamá ya estaba en el cuarto, meciéndole suavemente los hombros para despertarle: -Miguel; y volvió a susurrarle al oído con tono más grave: -Miguel, despierta, es hora de ir al colegio-. Yo la miraba desde el otro lado de la habitación, tirado en un rincón tras el sobresalto de esta noche. ¡Qué dulce era! Ella era más que una madre, era una musa de porcelana fresca y pálida; sus manos de ante abrigan a Miguel con caricias. Le rozó la mejilla hinchada con sus nudillos de gasa, y con la palma húmeda le retiró los cabellos que le estorbaban. -Miguel-. Y Miguel despertó de pronto azotando las

manos temblorosas de mamá con la cara negándolo todo, y se sentó en la cama con el ceño colérico como buenos días, y ladró y ladró un déjame seco matutino y primero. Así, solía despertar cada mañana.

El colegio quedaba en lo alto del pueblo. Mañana y tarde repetíamos su trayecto como un rito taciturno que solíamos, incluso, alargar más de lo que lo haría cualquier adulto, en el afán de Miguel por llegar siempre tarde. Aquello parecía darle un nombre entre sus compañeros. Yo permanecía quieto, inmóvil, con él, mientras el maestro le increpaba por su tardanza. ‘Miguel, no puedes romper las normas que todos tus compañeros cumplen’, era la frase que se decía a sí mismo con tono cansino de cantaleta diaria mientras el maestro decía algo que yo no alcanzaba a escuchar. Siempre me perdía los sermones paternalistas, ya que Miguel, aprovechaba la ocasión para pensar cualquier cosa demasiado alta. Después nos sentábamos donde indicaba el dedo nada amenazador del maestro y nos incorporábamos al modo de Miguel en la rutina diaria. Aún pude ver el rostro preocupado del maestro que se reflejó un segundo en el vidrio ahumado que recorre la puerta para controlar a alumnos y maestros. Cada día que pasaba, me preocupaba más. Estaba empezando a ver en aquellos ojos de nuestro salvador esa tercera fase que todos conocemos, y eso, por fuerza, no podía gustarme nada. Alguien tenía que hacer algo.

Este maestro había llegado al colegio el año pasado. Era bastante joven y en absoluto inexperto. Me encantó desde el primer momento la forma como se ganaba a los niños, y cómo aprovechaba cualquier comentario desafortunado e inmaduro de aquellos pequeños para educar y aprender al mismo tiempo. Incluso llegué a sentir una sana envidia por su papel tan semejante al mío pero en planos tan diferenciados, la cual se disipó cuando

acudió a mi mente el riesgo común que nos unía: no ser descubiertos.

En los ratos de recreo, el colegio bullía de movimiento y griterío. Los grupos se arracimaban aquí y allá, para correr más tarde de allá a aquí y viceversa. Las cuerdas volteaban incansables por docenas, las gomas elásticas se ceñían aún sólo sobre rodillas y cinturas femeninas, y los balones se perdían con cierta alevosía para golpear un poste, una ventana o a cualquiera que almorzara tranquilamente sentado sobre la jardinera de obra que recorría el patio. Luego quedaban esos juegos de temporada y moda que iban y venían como los recuerdos, como el hula-hop, el balón-bolea, el baseball, o esos cromos intercambiables de jugadores de fútbol según equipos, que acababan quedando obsoletos y desfasados a la siguiente temporada, cuando se reordenaban los equipos en el mercado futbolístico. Lo efímero empezaba a consolidarse como un importante valor.

Miguel y yo andábamos jugando a churro, mediamanga y mangotero; ese juego en el que juegan dos equipos y se lanzan el uno sobre los lomos del otro. Bueno, yo me llevaba la mejor parte, ya que no tenía que aguantar el golpe del peso de alguien sobre mi espalda, pues sólo notaba un vaivén en el interior del bolsillo, y del que nunca caía por hallarme pegado en el sudor de Miguel. Lo mejor, sin duda, era cuando llegaba nuestro turno de salto sobre el otro equipo, y una brisilla refrescante me acariciaba las ancas. Muy a mi pesar, Miguel siempre jugaba para ganar, y aunque era un juego en equipo, siempre dejaba claro a los demás que habían ganado gracias a él. Aquella mañana, Miguel estaba más irascible que de costumbre. Solía pasarle casi siempre que en la noche vivía el sueño de la masa informe y gris que le exigía, como todos, que se disculpase por cada minuto que vivía. Él estaba a punto de saltar, y recordando el sueño, se llenó de rabia y se alejó más de la línea de salto para correr desde más lejos. La velocidad que adquirió casi me echa fuera del bolsillo y, apoyándose en el lomo arqueado del segundo niño agachado, se impulsó con tal fuerza que acabó cayendo sobre la cabeza del primero que se hallaba recostada sobre el vientre del que se conocía como almohadilla. Evidentemente, la fila de encorvados se cayó al suelo y el primer niño, lastimado,

gimoteó de dolor en el suelo. Se levantó llorando y dijo que ya no jugaba más, y entonces, Miguel, todavía más enfurecido lo empujó al suelo y le asestó patadas hasta que el maestro encargado del patio apareció con ojos de soflama. Yo nada podía hacer en aquel momento. Miguel estaba enfadado porque el otro había sido un débil y por su culpa no iban a poder jugar más esa mañana. El maestro se llevó a Miguel a la tutoría ante la dureza y el odio en las caras de sus amigos. Pero eso no me preocupó tanto como la mirada de tercera fase de mi maestro predilecto, porque los niños, al contrario que los adultos, parecían perdonarse y olvidar el rencor instantáneo con facilidad.

Permanecimos un buen rato allí sentados, solos los dos. Aquel espíritu contumaz y yo, nos sentimos demasiado lejos. Por fin apareció mamá. Nos recogió y volvimos a casa en silencio, escuchando los tres con mucho interés el petardeo del motor del coche. Al volver a casa, mamá miró a Miguel, con ojos dulces y brazos en jarra. Yo también miraba a Miguel, suplicándole y gritándole adentro para que me sintiera: ¡dile!, ¡habla!, ¡llora! Miguel me miró unos instantes. Parecía que en los ojos titilaban estrellas. Se rascó detrás de las orejas y miró procaz a mamá hasta que ella apartó la mirada y él se marchó -parecía triunfante- a su cuarto, en donde se encerró. Sentado en la cama se le perdieron los ojos en los abismos del cuarto, y sólo allí, pudimos encontrarnos.

La noche se agitaba como un velero en un mar bravo, cuyas olas rompían en la orilla de la realidad, retornando al sueño como la resaca le devuelve al mar su agua. Yo miraba atento lo que andaba pasando, intentando organizar todo aquel espectáculo onírico de modos diferentes para cada noche de Miguel. Mi única meta era mostrarme sin fin, sin principio, hasta ser descubierta una mañana más allá de la orilla, en la playa de piedras ya. Así, yo trataba cada noche y cada día de mantenerme vivo y presente, de conservar mi nombre dado como a todos os es dado. Me llaman Leugim, y mi lucha es seguir a mi dueño sin cansancio. Darle a él hasta que mi nombre y el suyo se miren en un espejo de aguas para confundirse y vivir.

Evanescente yo, venció él:

-¡No lo siento!, ¡no lo siento!, ¡no!...- y una mañana más se abrió ante la ventana orientada al

este, por donde el sol se empeñaba en saludar a Miguel cada mañana aun a costa de convertirse en un rayito minúsculo de calor perforando la persiana bajada hasta los topes sobre el alféizar desierto de color.

Mamá paró el coche delante de la puerta trasera del colegio. Miguel se bajó con desánimo y aceptó con pasividad un beso rápido e inseguro en la mejilla. En aquel momento me sentí muy cerca de él, y antes de continuar adentrándose en el día, Miguel se sentó en el bordillo rugoso de la acera e introdujo su mano en mi bolsillo de pana del pantalón. Entre sus dedos, mi goma sudaba de calor. Las ancas me colgaban a ambos lados de su finísima muñeca. Me miraba tan fijamente que casi creí que aquella misma mañana iba a descubrirme. Yo también le miré, y le hablé en silencio del sufrimiento de mamá, y le hablé de nuestro salvador y el acecho de su tercera fase, y no dejé de hablarle ni un solo instante mientras él me miró. Pero antes de despegar sus ojos de mí, sonrió con ellos maliciosamente y la boca se le ladeó levemente como una sonrisa de gángster, conformando una mueca rebelde. Sentía la presión de sus dedos estrujándome entre ellos y debió empezar a correr hacia dentro del edificio, porque en la oscuridad cerrada de su mano, yo sentía un vaivén brusco adelante y atrás que casi acabó mareándome. Pronto supe de sus intenciones cuando sentí la seca asfixia que me produjo el cuero desconchado de una bolsa escolar. Traté de esconderme, pero mi destino lo guiaba entonces aquél que siendo mi dueño, debiera ser mi discípulo. La bolsa se abrió, y con la luz fosforescente de la clase y el calor opresivo de mi encierro, mis ancas de goma y mi pecho inflado aparecieron repulsivas y asquerosas para aquella dulce mirada de grandes ojos de miel, que acabó gritando como una marmota acosada, invadiendo todos los murmullos naturales que picoteaban por el aula. Pero pronto fui arrancado de la cartera, y agarrado del anca sobrevolé la clase hasta dar con mi goma, más allá de una ventana, en la tierra reseca del jardín, bajo un rosal de espinas afiladas y fuertes tallos con hojas aún sin flores. Allí le esperé, quieto. No podía olvidarme.

Los días se marchaban igual que venían: un 'llegas tarde', 'dónde los deberes', 'harta me tienes', 'castigado y a la tutoría', 'guarda ese maldito

sapo', 'basta ya de peleas'... Pero aquella mañana una alarma interna se activó en nosotros. Nuestro salvador llegó, y como nunca antes había hecho, saludó a todos con cálida mirada pero a Miguel le ofreció una ignorancia tensa y estudiada. Tanto le costó hacerlo, que ambos nos dimos cuenta. Entre ese dolor del salvador y su tercera fase, sólo pendía un hilo de seda. El día lo pasé triste, viendo a Miguel desafiando su suerte como único mecanismo ya para captar la atención de su maestro salvador, a cada instante más lejano y más convencido de que aquel niño merecía ser segregado al redil de los imposibles.

-Hola, sí, yo soy su tutor- sonó una voz hondamente abatida en la pequeña salita del maestro, ahogada con sequedad por los libros viejos y nuevos amontonados en los insuficientes estantes de acero.

-Encantada, soy Ana- sonó como dulce respuesta, -trabajo en toda la zona como psicóloga y psicopedagoga, y todavía no había contactado con usted por ningún motivo-.

Sonriendo de medio lado: -todavía no había claudicado por nada-.

-Cuénteme el caso, aunque debo decirle que me ha extrañado que no me llamase antes. Otros... ya se sabe.

-Lo he intentado casi todo, en serio, pero no llego a él. Siento que su salud social corre un grave riesgo. ¡maldita sea, no estamos consiguiendo una socialización adecuada!- sonó en la salita proyectándose el eco pasillo adentro, pasillo afuera.

-Tranquilo, vamos a intentar entender lo que pasa. Continúe, por favor.

-Su madre... ¡es un enigma!... ella es maravillosa, es comprensiva y siempre está pendiente de Miguel, sin agobiarlo pero procurando educar. He contactado con ella infinidad de veces. Está destrozada, ¿sabe? 38 años y ya padece hipertensión. Me ha contado que acude al enfermero del centro de salud, con quien trabaja para canalizar el estrés que sufre. Tiene apoyos, y aunque todo esto es difícil, no está sola. Lo he comprobado.

-Sin duda, pues, crees que el problema está más directamente en Miguel.

-Bueno, ahí es dónde este humilde maestro ya no llega-. Y un '¿puedes ayudarme?' resonó casi como una imploración mística y desesperada.

-Vamos a intentarlo, juntos, claro- sonó el sello de aquel pacto cotidiano. -Cuéntame más-

-Miguel es un líder, no tengo dudas, pero... a pesar de que consigue la admiración de sus compañeros por lo que hace, la pierde por lo que dice y sobre todo por cómo lo dice. No sé, es como si tuviese capacidad para arrastrar al grupo al tiempo que es odiado por éste debido al trato que le da.

-Mmm, interesante- dijo Ana anotándolo todo en un cuaderno de gusanillo.

-Y es muy competitivo e inteligente, aunque no lo demuestra académicamente, sino más bien en deportes y otras actividades. No tolera perder. Pega a los que ganan, ¡siempre está dando patadas, y siempre con su sapo de goma apretado con rabia entre los dedos! Siempre lo lleva, por cierto.

-Sí, es frecuente lo de llevar amuletos, ¿sabes?, algo así como para darle fuerza, o mejor dicho, confianza en sí mismo.

-Lo que más me llama la atención es su inexpresividad emocional. Nunca le he visto llorar, por nada, y sin embargo, siento que es tremendamente infeliz. A veces, sus ojos parecen decirme que siga buscándole. Es como si fuese consciente de su forma de ser y quisiera cambiarla, pero luego su actitud es negativa. No lo acepta. No se acepta.

-Vaya, me estás dejando impresionada con tus observaciones. Además, ya conozco a Miguel. Lo he comentado muchas veces con otros compañeros nuestros, y aunque el diagnóstico parece estar claro, es difícil de abordar la solución. A mí no quiere verme, me siente ajena. Significo un riesgo para su mundo individualista y egocéntrico, y él lo sabe. Además soy mujer, y eso parece alejarme todavía más de él. De ahí que su madre sufra también su despotismo, más que como madre, como mujer. Sin embargo creo que tú tienes posibilidades. Hay algo en ti que Miguel acepta incondicionalmente, pero que puedes perder si no averiguas de qué se trata.

-¡Uf!, qué responsabilidad tan grande- sonó grave su voz, que se alejaba cada vez más de la tercera fase.

-Acaso no lo es cualquier actividad educativa- Y Ana se marchó tras un sólido apretón de manos y una próxima fecha de encuentro para los dos.

Andábamos por el patio con cierta desgana. Miguel no dejaba de anunciar pensamientos rápi-

dos que no controlaba, o quizás era yo mismo que murmuraba en voz demasiado elevada. La maestra que vigilaba el patio le pasó rozando y casi nos tira al suelo. Miguel ni siquiera oyó cuando ella le dijo que aquella tranquilidad aparente andaba seguro tramando algo, y sólo se detuvo a recordar lo pronto que ella pasó de la primera a la segunda y a la tercera fase. Y la olvidó.

Yo lo miraba resoplar y le pellizcaba los recuerdos. Me resultaba increíble ver cómo le daba a todo la vuelta para hallar culpables siempre fuera de él, pero sobre todo me indignaba ver cómo le gritaba a mamá que era una mentirosa cuando lo sorprendía haciendo de las suyas, y aún así lo negaba hasta llegar a crear sus propias mentiras. Eso lo empeoraba todo, pues nuestras noches volvían al mar, al ir y venir despiertos, al gris plúmbeo de nuestra masa sin forma que volvía a envolvernos en una cámara de silencio en la que sólo podía oírse mi voz. Y yo gritaba en altas voces mientras Miguel se tapaba los oídos con las palmas convexas de sus manos, repitiendo sin descanso: - ¡no lo siento, no lo siento, nolosiento, nolosiento...!- Pero esta noche, fue diferente. La agonía creció cuando se diluyó nuestro temor grisáceo, y tras él aparecieron esos ojos extraviados, que nos miraban traspasándonos, como si estuviésemos en realidad muchos metros más allá de donde en realidad nos encontrábamos. Miguel lo tenía cosido en el alma, era la mirada de tercera fase, de un salvador ahogado en el propio llanto acallado de Miguel. Luego, aquella mirada inserta en la cara de su maestro se dio la vuelta, y sólo vimos la negrura de su pelo perdiéndose en la espesa negrura de mi desolación y su soledad.

Miguel despertó agitado. Mamá estaba allí. Le secaba el sudor con la tersa punta de la sábana. Y lo abrazó sin miedos, sin pensar en los rechazos y golpes de otros días. Lo acunó como siempre quiso seguir haciéndolo. No hubo respuesta en Miguel, quien se dejó secar y se dejó mecer.

Oí, poco después, mientras me mecía con ellos y cerraba los ojos, cómo mamá suspiraba diciendo: -hijo, ¿lloras?